

El objeto

Desperté envuelta en sudor, inquieta y molesta por el sabor metálico que habita mi boca. Y digo «habita» porque este se ha convertido, después de mucho tiempo, en fiel compañero de fatigas. Debían de ser las diez de la mañana, a juzgar por la luz que entraba por las rendijas despiertas de la persiana. No me equivocaba: las diez y veinte. Antes de incorporarme, pasé los índices por mis ojos para tratar de eliminar las pedregosas legañas que, bien incrustadas, me impedían abrirlos por completo. A continuación, aparté el edredón que me cubría, me puse de lado sobre el costado derecho, hice fuerza con el codo contra el colchón y me levanté de golpe. El gesto hizo que me marease y sintiera un fuerte dolor en la cabeza que me nubló la vista durante unos instantes. Me quedé sentada al borde de la cama hasta que fui capaz de ponerme de pie. A pesar de encontrarme mejor, el miedo de tambalearme y golpearme contra la pared o la mesilla de noche me obligó a apoyar la mano derecha en la pared. Fui acariciándola a lo largo de varios centímetros hasta llegar a la cinta de la persiana. La subí de golpe. Por suerte, la luz del día era bastante tenue —estaba muy nublado— por lo que mi gesto, de nuevo demasiado brusco, no me ocasionó una momentánea ceguera. Me quedé mirando por la ventana a las nubes que anunciaban tormenta cuando, de pronto, un recuerdo me atravesó la cabeza: el sueño que había tenido antes de despertar. Se trataba de un sueño recurrente que siempre me dejaba mal cuerpo.

Despierto una mañana, como puede ser esta, rodeada de calma y una extraña luz (en los sueños la luz siempre es distinta a la real). Bajo a la calle sin cruzarme con nadie por las escaleras del edificio y, una vez allí, miro a mi alrededor mientras un viento helado me eriza la piel. No veo a nadie. Ni un alma en una avenida que tenía vida a todas horas. «Qué extraño», pienso. Empiezo a caminar y, a medida que avanzo por la calle, a sentirme más y más inquieta. No es posible que no haya nadie, a esa hora, un día de diario. Recuerdo que el sueño es siempre bastante largo y que, la mayor parte de él, camino sin rumbo por calles desiertas. Agotada y angustiada por tal visión apocalíptica, decido sentarme en un banco del parque que suelo frecuentar para leer a la sombra de los árboles cuando hace buen tiempo. Trato de respirar y de convencerme de que todo tendrá una explicación. En un sueño trato de convencerme de que estoy soñando. Tiene gracia. Comienzo a sentir frío, pero, en vez de volver a casa, permanezco allí y meto las manos en los bolsillos de mi vieja chaqueta, como si eso fuera a disminuir en gran medida el frío que siento. Un objeto puntiagudo se clava en mi dedo corazón. Despierto.

Siempre me despierto cuando mi mano toca ese objeto que aún no he llegado a saber qué es. Después de varios años repitiéndose. Qué estúpido me resulta vivir tan intrigada por una historia que solo acontece en mi cabeza, mientras duermo. Que no tendrá mayor trascendencia en mi vida. O quizá sí. Quizá mi vida sea tan triste, tan gris como este día, que lo único que me mantiene expectante sea ese dichoso objeto en mi bolsillo.

Me aparto de la ventana y me dirijo al baño. Me lavo la cara y termino de quitarme los pocos restos de legañas que quedan. Me cambio —me pongo un vaquero, una camiseta blanca y mi chaqueta vieja— y bajo a desayunar a la cafetería que han abierto a la vuelta de la esquina de mi edificio.

Hace tiempo que me siento muy sola. Siento que no tengo a nadie. Desde que murió mi tía, la mujer que me sacó adelante tras el abandono de mis padres, no he levantado cabeza. Nunca he tenido pareja y mis escasas amistades se han ido marchando por trabajo y proyectos familiares, cada vez más lejos. Siento que todos los días son iguales, lo único que cambia es el color del cielo. Me levanto, me siento frente al ordenador a trabajar, como y vuelvo a dormir. Y sueño. A veces también lo hago despierta. No me gusta mi vida. Siento que la gente que me rodea, la que me encuentro por la calle, no me ve. Me pasa a menudo que las personas se chocan conmigo y ni siquiera se molestan en disculparse. Quisiera saber si hay más gente a la que le ocurre lo mismo que a mí. Que se siente vacía y abandonada. Sola.

Entro en la cafetería y me dirijo a la mesa del fondo, la más escondida y alejada de las demás y de la barra. El hecho de que nadie me vea ni se fije en mi existencia, junto con otras circunstancias vitales, me ha convertido en una persona más ermitaña y arisca de lo que un día fui. No hay nadie en la cafetería, lo cual es extraño pues son casi las once de la mañana y es sábado. Me acerco a la barra, después de dos minutos, para ver si sale algún camarero. Nadie aparece. Reparo en que a un par de metros de mí hay una pequeña fila de cafés ya preparados y aún calientes. A su lado hay un cartel que anima amigablemente a que nos sirvamos sin miedo. Agarro la primera taza y la llevo a la que es ya mi mesa. El café quema bastante aún, así que espero y comienzo a mirar a mi alrededor. Sigo sin ver a nadie ni por la ventana ni en el interior de la cafetería. Pasan dos largos minutos y sigue sin aparecer nadie, ni siquiera el camarero. Me pregunto cuándo habrán hecho esos cafés. Quizá hayan estado siempre ahí, humeantes, esperando a ser elegidos por alguien. Pongo las manos alrededor de la taza para calentarlas. El contacto con ella me hace sentir viva.

Comienzo a beber el café a pequeños sorbos —mido cuidadosamente la cantidad de líquido aún caliente que toca mi boca para evitar quemarme—. El café está demasiado amargo, incluso para mí, que siempre me ha gustado el café fuerte y sin azúcar. Sigue sin aparecer nadie. Empiezo a inquietarme y a sentir una extraña sensación, como la que se siente cuando sabes que algo pasa, pero aún no sabes qué. Me termino el café y decido quedarme un poco más sentada en mi silla, para darle algo más de tiempo de hacer su aparición al camarero. Pasados diez minutos, decido levantarme y me acerco de nuevo a la barra para pagar mi consumición y volver a casa. Introduzco la mano en el bolsillo de mi chaqueta vieja. Algo en su interior se ha clavado en mi dedo corazón. Un objeto punzante y frío. Me estremezco y saco rápidamente la mano del bolsillo como si fuera a perderla por dejarla dentro un segundo más. «Esto ya lo he vivido antes», pienso. «O soñado antes». Qué tontería, podría ser cualquier cosa: el monedero, las llaves —«¿he cogido antes de salir el monedero y las llaves?». Dudo—. Me he quedado de pie frente a la barra de la cafetería, petrificada. El único movimiento que hay en el lugar es el del humo de los cafés aún calientes. Habrá pasado casi media hora desde que entré y aún están calientes. Se me nubla la vista otra vez, como cuando me levanté. Algo me dice que tengo que descubrir lo que guarda mi bolsillo. Introduzco la mano de nuevo y agarro el objeto. Ante mis ojos aparece una identificación plastificada, con una pinza metálica en la parte de atrás. Alguna de sus cuatro esquinas afiladas fue la culpable del pinchazo en el dedo. Es una identificación similar a las de los trabajos de cara al público, de esas que le indican al cliente cómo te llamas y en las que el cliente no suele fijarse. Los trabajadores son trabajadores sin identidad. Me dispongo a girar la tarjeta. Tengo miedo, no sé muy bien por qué. El sueño que he venido teniendo desde hace tanto tiempo se resolverá aquí, en la cafetería nueva de la esquina. El mensaje que encuentre en la identificación será definitivo. La giro por fin: «Nadie».